

texto Víctor Raga

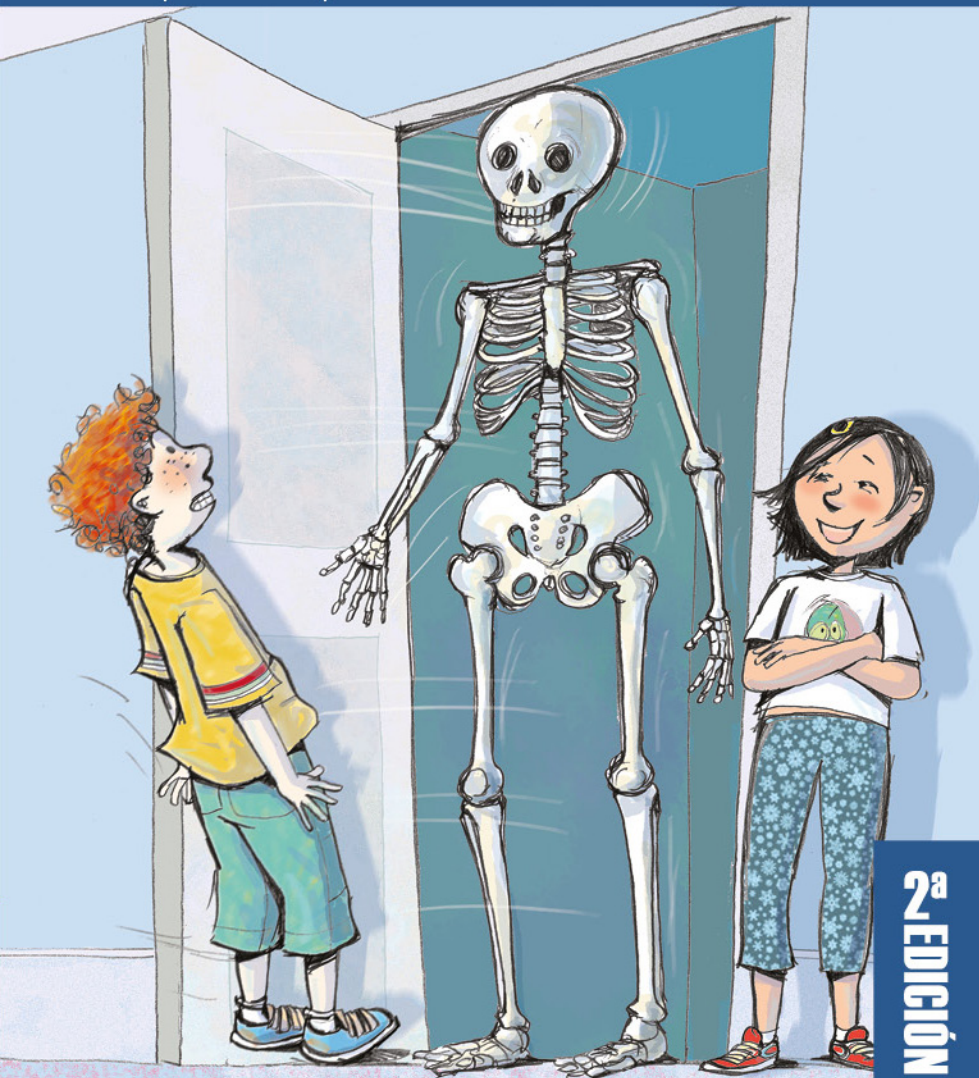


dibujos Montse Español

algar

¡No me toques las narices!

Explora el cuerpo humano con el señor Cantalombardi



2ª EDICIÓN

¡Pongamos los cinco sentidos!

Siempre que podemos, Elena y yo bajamos a la terraza del señor Cantalombardi. Nos descolgamos por una escalerilla y en un momento llegamos a su ático. Pero eso no es nada difícil, ya que vivimos en la misma finca y vamos a la misma escuela.

Bueno, los tres vivimos en la misma finca, pero sólo Elena y yo vamos a la misma escuela y a la misma clase. El señor Cantalombardi

está jubilado, pero no creo que nuestra maestra le dejara entrar a la hora de matemáticas. Además, él sabe multiplicar y dividir tanto como ella, de manera que no creo que esté loco por volver a primaria.

Elena y yo pasamos mucho tiempo juntos, haciendo los deberes o jugando. Qué remedio: somos vecinos. Ella dice que quiere ser mi novia, pero lo dice para hacerme rabiar, porque a las chicas les encanta incoordinar a los chicos y decir que quieren ser tu novia, y después no paran de dibujar corazones por las paredes, con una flecha y la inicial de tu nombre. Y todo el mundo se acerca y te dice: «Eh, Martín, enhorabuena, ya he visto los corazoncitos. Están por toda la escuela». Y después se mueren de risa a tus espaldas. Y toda la clase te tira besitos por el aire, y tú estás a punto de volverte loco.



Y al final no tienes más remedio que pegarte con algún idiota que no para de gastarte bromitas.

Pero eso es otra historia.

Dejadme contar ahora que un día, a media tarde, Elena y un servidor nos dejamos caer por la terraza del señor Cantalombardi. Nuestro amigo estaba trabajando en su invernadero, quitando las malas hierbas de los tiestos, y al vernos se le alegró la cara.

–Eh, habéis venido justo a tiempo –dijo.

Elena cogió una herramienta, dispuesta a ayudarle, pero él se la quitó de las manos.

–No, por hoy ya está bien de trabajo. Ahora es hora de merendar.

El señor Cantalombardi se secó las manos con un trapo y nos hizo un gesto para que le siguiéramos al interior de la casa.

–Os he preparado una cosa especial –explicó–, pero primero tenéis que responderme a unas preguntas.

–¡Dispare, maestro! –bromeé. Tenía ganas de marcha.

–Muy bien. ¿Podéis nombrarme los cinco sentidos?

Me encaré con Elena. Estas cosas ella se las sabe de memoria.

–La vista, el tacto, el olfato, el gusto y...

–La oreja –la interrumpí, para que vieran que yo también sé algunas cosas.

–El oído, cabeza de chorlito –replicó ella.

–Es lo mismo, ¿no?

–No exactamente, Martín, la oreja es el órgano externo del oído.

Elena puso cara de alumna de la primera fila y preguntó.

—¿Y cuáles son los órganos de los otros sentidos, señor Cantalombardi?

—El ojo es el órgano de la vista. La lengua es el órgano del gusto, y está llena de papilas gustativas para detectar el sabor...

—¿Papiqué?

—Papilas, Martín. Son las arruguitas que hay por encima de la lengua.

—¿Y no les podían haber puesto un nombre más normal?

—¿Amparitos, por ejemplo? —se burló Elena— ¿Eso te gustaría más? ¿O preferirías las Teresitas gustativas?

—¡Ja, ja, ja! Reviento de risa con tus bromas. Continúe, señor Cantalombardi.

—De acuerdo. La pituitaria es...

—¿La pituqué?

—La pituitaria es el órgano del olfato, Martín.

–Pitu... tirá... Pitu... ria... Qué ganas de complicarse, señor.

–Por raro que te parezca, tienes una pituitaria dentro de la nariz.

–¿Yo? Sí, hombre, ¿y qué más?

–Todos tenemos una.

–Por eso Martín tiene la nariz tan grande –bromeó Elena.

–Y por eso tú tienes...

El señor Cantalombardi se me adelantó.

–Dejad de discutir, por favor. A ver, ¿sabéis cuál es el órgano del tacto?

Me apresuré a contestar. Aquella respuesta no me la quitaba nadie.

–Las manos.

Entonces Elena me dio un pellizco que me hizo chillar.

–Toda la piel, cabeza hueca.

—¡Ay! Si vuelves a pellizcarme te hincharé la «pitucomosellame» de un puñetazo, ¿te enteras?

—Guapo.

—Señor Cantalombardi, mire lo que me dice —protesté—, me está llamando guapo.

El señor Cantalombardi se cogió la cabeza y suspiró.

—Y ahora, con todo lo que sabéis, ¿podéis decirme cuál es el sentido más importante?

Elena se quedó en blanco. Ja, está respuesta no se la sabía, la lista de pacotilla.

—¿La vista? —adiviné.

El señor Cantalombardi sonrió.

—¿Tú también piensas que es la vista, Elena?

—No lo sé, puede que sí.

—De acuerdo. Ahora no os mováis de aquí y os traeré una cosa especial.

El día que nos conocimos, el señor Cantalombardi también nos había dicho que nos esperaríamos, que tenía una sorpresa para nosotros. En aquel momento me asusté, pensé que se transformaría en un monstruo comeniños, o en el hombre del saco, y que se nos llevaría Dios sabe a dónde.

Y es que se ha de tener mucho cuidado con el hombre del saco. La yaya dice que es un individuo que se lleva a los niños que no comen fruta y verdura. Pero ya sabéis que las yayas dicen cualquier cosa con tal de que te tragues un plato de acelgas y alcachofas. Así que vete a saber. En cualquier caso, ahora sabíamos que las sorpresas del señor Cantalombardi son siempre agradables.

Al cabo de unos minutos, nuestro amigo se dejó ver en la puerta de la cocina.

—¡Tachán! —exclamó.

El hombre llevaba una bandeja y, encima, un par de helados de dos bolas, rociados de fideos de chocolate, y un barquillo. Y, por si eso fuera poco, había encendido un par de bengalas que no paraban de soltar chispas.

—Parece un pastel de boda —exclamó Elena, y la muy boba me cogió del brazo, juntó su cara a la mía, y se puso a cantar una música de novios.— Ta ta tatá, ta ta tatá...

Me aparté medio metro, no estaba para músicas. Primero, no me gusta que me palpen la cara, y segundo, no me gusta que me toquen la cara. Así que le dije:

—No me toques la cara, Elena, te lo advierto.

Entonces ella me pellizcó la mejilla como hacen las yayas, y me dijo que estaba muy guapo cuando me enfadaba.

Me encendí de rabia. Elena me saca de quicio siempre con la misma canción. Pero

el señor Cantalombardi, desde el umbral de la puerta de la cocina, nos hizo otra pregunta que me calmó los nervios.

–¿Es que no queréis un helado de vainilla y chocolate?

Mira tú qué pregunta.

–Sí –contestamos.

–¿Estáis seguros?

–Sí –volvimos a decir a la vez.

–¿Y os lo comeréis todo?

–Síííí.

–Pero ¿seguro, seguro?

Tenía ganas de hacerlo largo el señor Cantalombardi. Claro que me lo comería. Y tres como ése. Que me pusiera a prueba y veríamos si era capaz.

En aquel momento, nuestro amigo trajo los helados y nos los dejó encima de la mesa. Me lancé sobre él como si fueran a quitármelo y...

–Pero si es de plástico –protestó Elena.

–¡Nos ha tomado el pelo! –me quejé.

El señor Cantalombardi se rió por debajo de la nariz, pero no supimos encontrarle la gracia al chiste.

–Los sentidos nos sirven para conocer las cosas que nos rodean –explicó–. Pero no hay un sentido más importante que los otros. Y fijaos, un sentido también nos puede engañar. La vista, al principio, os ha hecho pensar que era un helado, pero el tacto, el olfato y el gusto nos dicen que no lo es, ¿verdad?

–Sí –acepté de mala gana.

Elena le dio la vuelta al helado.

–Pero la vista también nos enseña que es falso. De lejos nos había engañado, pero de cerca se ve muy claro que no es bueno.

–Tienes razón, Elena, sólo quería enseñaros que todos los sentidos son importantes, y



que todos ellos nos sirven para enterarnos de lo que pasa a nuestro alrededor. La vista nos permite ver las imágenes, los colores, las formas y los tamaños. Con el oído percibimos los sonidos y los ruidos. Gracias al gusto y a las papilas gustativas de la lengua notamos los diferentes sabores. El olfato nos ayuda a distinguir los olores, y con el tacto percibimos si las cosas son suaves o ásperas, si están calientes o frías, o incluso el dolor de un pellizco, ¿eh, Martín? ¿Qué te parece?

—Que nos hemos quedado sin merendar
—dije frotándome la mejilla, allí donde me había pellizcado Elena.

El señor Cantalombardi se echó a reír.

—De eso, nada. Tengo otra sorpresa para vosotros.

Nuestro amigo entró en la cocina y en menos de un minuto apareció de nuevo con

una bandeja llena de bizcochos y una taza de chocolate. Esta vez me aseguré con la vista, el olfato, el tacto y el gusto de que aquello era una merienda como tiene que ser.

—¿Qué? ¿Te gusta, Martín?

—¿Que si me gusta? —contesté mientras metía la cuchara—. Me lo voy a comer con los cinco sentidos.

—¿Con las orejas también, guapetón? —se burló Elena.

—El oído, Elena, el oído —la corregí, y me llevé la taza a la boca.

Entonces, la muy idiota me dio un empujón y, sin querer, metí el órgano del olfato dentro de la taza de chocolate, hasta la pitucomosellame. ¡Oh, qué delicia!

